

## Vidas de piedra

José Miguel Vilar-Bou

*Publicado en Galaxia nº10  
Ilustraciones Quique de la Torre*



Saad había arrancado de la boca el diamante perfecto al león de oro que vivía en la isla de Zohal. Había logrado escapar con vida después de que le persiguiera a través de decenas de montañas de huesos formadas con los despojos de quienes durante siglos habían querido hacerse con ese tesoro.

Más ingrato era ahora su destino. El único modo de dejar atrás aquella costa era tomar el barco encantado que un efit\* buen hijo de Alá dejó para los náufragos que pudieran caer en aquella isla fantástica. El aventurero Saad había llegado desde Bagdad siempre pisando tierras conocidas, pero la nave surcaba ahora sola un mar desconocido de todos. No se avistaba la tierra ¿Hacia dónde se dirigiría aquella embarcación con vida propia?

Saad llevaba varios días sufriendo una profunda soledad. Se había acostumbrado a la compañía silenciosa de la nave con alma, a los crujidos de sus juntas, siempre al ritmo del oleaje, que salían de sus entrañas misteriosas. Junto al bajel grupos de gaviotas chillonas se dejaban caer sobre los peces que se acercaban a la superficie. Su compañía daba la certeza de que había una costa cercana. Saad se asomó a la borda. El sol estaba en su momento más esplendoroso. Sobre las crestas de las olas se formaban luces diamantinas. La brisa era fresca y suave.

Saad pensó que navegaba por un mar desconocido incluso de Alá. No halló presencia alguna de otros barcos en sus siete días de viaje. Aquel navío encantado por un efit se conducía en soledad a un destino inescrutable. Y el aventurero, más acostumbrado a las arenas del desierto y a las calles y jardines de Bagdad, se sentía objeto de una historia que no podía dominar. El barco era en esos siete días el único

---

\* Genio.

dueño de su vida. Ahora bien, al menos en el bolsillo cargaba con el agotador peso del diamante perfecto del león animado de oro de la isla de Zohal.

En las largas horas de su trayecto, el ladrón se preguntaba dónde terminaría su ruta. Miraba la superficie de aquel extraño mar. E intentaba después otear sus profundidades. El agua era transparente y luminosa, pero no acertaba a imaginar su lecho. Había oído hablar muchas veces de mares sin fondo, tan infinitos como el firmamento. Había oído decir que en ellos se fraguó la vida. Que el sentido de las cosas tenía respuesta en los abismos de esas aguas que no terminaban.

En las últimas horas de ese séptimo día de viaje, Saad acertó a divisar una mancha azul en lontananza sobre la línea del horizonte. El oleaje se tornó más tranquilo. El crepitar de las partículas de sal entrechocando entre sí más sosegado. Pronto se distinguió un gran golfo donde las olas no podían abrirse paso. Allí las gaviotas multiplicaban su presencia y el viento se levantaba con más fuerza silbando entre las velas y mástiles del navío. Saad escrutaba impaciente aquella costa luminosa y desconocida en busca de algún rastro de civilización. No le costó mucho descubrir que su barco se dirigía con rumbo decidido hacia una ciudad de casas bajas y blancas que nacía a los pies de un monte y que moría en la cima de éste. Un gran palacio la coronaba.

Saad comenzó a dar saltos y gritos de alegría, pero pronto se percató de que algo que fallaba en aquella ciudad portuaria en plenos mares inexplorados: Todo permanecía en silencio. Sólo el ir y venir de las olas y el canto resignado de las aves marinas avivaba aquella estampa. La ciudad estaba como dormida y el gran puerto vacío de naves. Ninguna otra había fondeado en el gran golfo.

Sin embargo, Saad vio que las calles estaban llenas de gente. Los veía menudos, pero podía distinguirlos casi. El zoco llenaba las desordenadas callejas de alrededor del puerto. En la pequeña playa mujeres cubiertas y niños desnudos tomaban el baño. Decenas de pescadores cargaban en el puerto sin naves con su pesca del día. Y, aun así, todo permanecía en la más insufrible quietud.

El barco encantado maniobró mejor que cualquier tripulación hasta llegar al embarcadero y allí se quedó quieto como si fuera un simple bajel. Saad, permanecía de pie en la cubierta desconcertado por el silencio de sepulcro de aquel lugar. Se asomó y encontró entonces la respuesta a su incertidumbre: Las calles estaban atiborradas de puestos de venta de pescado, de alhajas. Las tabernas llenas a más no poder y las calles, en definitiva, surcadas por los moradores de la ciudad, sólo que todos ellos estaban petrificados.

Centenares de hombres y mujeres de piedra se disponían desde las calles del puerto hasta el palacio que dominaba la gran cala. Unos pescaban, otros miraban las puestas de sol, otros vendían antiguas pescas convertidas en raspas desde hacía siglos. Pero todos ellos permanecían inmóviles. Había madres que paseaban con sus hijos desgastados por el sol y la brisa. Jóvenes prometidas que asomaban las cabezas tímidas a las ventanas de las casas en busca del joven a quien serían entregadas de por vida. Más arriba, las retorcidas calles del zoco apenas dejaban espacio entre estatua y estatua. Tenían todas ellas un realismo y un vigor inquietante. Algunas discutían. Otras llevaban sorprendidas las manos a sus bolsillos mientras un ladronzuelo corría por la esquina con su dinero. Los comerciantes regateaban con sus clientes con gesto airado.

Y, sin embargo, tanto bullicio permanecía detenido como por un rallo divino. Infinitamente contenido. Pero las estatuas no parecían vulgares trozos de piedra. Había algo en ellas. Algo en sus miradas, que imitaban demasiado bien la vida. Eran un poco más grandes que un ser humano corriente. Tal vez unos dos metros. Saad caminaba entre ellas sin comprender por qué todos esos hombres y mujeres

permanecían petrificados como piezas de un juego, un juego en el que el barco encantado del efrít le había metido.

El ladrón comenzó a ascender las calles del mercado que bullían silenciosas en los alrededores del puerto sin naves. El sol comenzaba a ponerse sobre las crestas lejanas de aquel mar inexplorado. Supo por eso el mal marino que estaba en una costa occidental, tal vez en una isla. Había callejas tan atiborradas de estatuas que resultaba imposible atravesarlas. Saad se sentía profundamente solo, terriblemente acompañado. Rodeado de vida, rodeado de nada. Al dejar atrás el abigarrado mercado, pudo contemplar mejor el gran palacio que coronaba la montaña. Decidió dirigirse allí sin saber por qué. Ahora el camino era más empinado. Apenas se topaba ya con grupos de niños que jugaban eternamente al mismo juego o de mujeres cubiertas que hablaban a escuchitas por los rincones sin tan solo pestañear. Algún anciano de piedra iba y venía con su eterna e inalterable vejez a cuestras.

Saad prosiguió su camino por todas estas calles llenas de vida muerta. Serpenteaban todas hacia lo que parecía el gran palacio de un sultán, con sus grandes cúpulas doradas. Mientras tanto, el sol se hundía en el horizonte dando así fin al séptimo día de viaje del ladrón. Ahora las calles apenas estaban frecuentadas. La noche abría camino al silencio de un cementerio abandonado. Pero abajo, en las alocadas calles del puerto, la multitud aún se hacinaba sin dejar apenas paso al viento que comenzaba a levantarse. Saad dejó atrás las calles. Tuvo que ascender por una cuesta empinada en la que alguien había trazado un camino serpenteante. Ya titilaban las primeras estrellas sobre el cielo claro de aquel mar. Lo podía contemplar ahora. Oscuro, sin fondo tal vez. Aquellas aguas parecían mirarle como un signo de interrogación que guardaba las respuestas. Un escalofrío recorrió a Saad. Y siguió ascendiendo la cuesta al palacio. Junto a un acantilado vio entonces una extraña y oscura construcción casi totalmente derruida. No le resultaban familiares sus rasgos. Pero no tenía tiempo ahora para eso.

El palacio que dominaba la ciudad de los moradores de piedra tenía grandes cúpulas de cebolla sostenidas por poderosas torres circulares. La puerta le aguardaba abierta. El aventurero penetró por ella.

Un gran salón perdido en sombras se abrió ante él. No entraba luz por las grandes arcadas y ventanales desnudos que lo recorrían. Apenas se encaramaba hasta aquel lugar el son de las olas contra la playa. Pero entonces, a los pocos segundos, Saad descubrió que desde la lejanía llegaba un leve pic, pic, apenas audible. Procedía de las altas cúpulas del edificio, lejano. No. En realidad llegaba desde la gran escalera que se abrió ante él. Saad ascendió los primeros peldaños. Pic, pic, pic, pic. El ruido se repetía de forma sistemática y sin interrupción. Prosiguió el hombre su camino. Ascendió un piso. Dos. Así hasta cinco. El pic, pic le llegaba ahora con más brío, casi enloquecido. Ante Saad se extendía un oscuro corredor al que unas pocas antorchas le daban luz apenas. Alguien debía haberlas encendido, pensó. Siguió caminando. Los minuciosos golpecitos se escuchaban ya con toda claridad. Y podía distinguirse el lugar desde donde llegaban: Al fondo del gran pasillo se divisaba una sala iluminada por el halo rojizo de algunas antorchas. El ladrón respiró hondo. Se trataba de la primera señal de vida que le llegaba un muchos días. Siguió avanzando a lo largo del tenebroso corredor. Cuando llegó al dintel de la puerta desde donde llegaban los golpes, se quedó paralizado por la sorpresa: Se trataba de una sala cuyo tamaño daba vértigo. Estaba abarrotada de estatuas iguales a las que llenaban las calles de la ciudad. Pero muchas de ellas estaban incompletas. Otras apenas eran unos trazos sobre un bloque de algo parecido al mármol. Se amontonaban como mercancía unas sobre otras, imperfectas como eran aún. Y los golpes continuaban. En el centro de la sala, bajo la luz de una antorcha, el aventurero vio entonces a un anciano viejo como una tumba reclinado sobre una niña de piedra. Con sus manos, un martillo y un

cinzel estaba dando forma a la expresión feliz de sus ojos. Su herramienta, al chocar contra la piedra, producía un pic, pic.

El viejo, al descubrir a su visitante, levantó unos ojos infinitamente cansados:

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Me llamo Saad. He llegado a esta ciudad en un barco encantado por un efrít.

Se acercó más hacia el escultor.

—¿Has hecho tú todas las estatuas que hay en esta ciudad?

Al escuchar la palabra hecho, el viejo dirigió una mirada dulce a la niña de piedra y ojos felices de piedra. Sonrió.

—Todos son mis hijos. Conozco el alma de cada uno de ellos, porque esas almas las inventé yo. Tardo siete años en terminarlos. Llevo miles de años en este palacio dando vida a mis criaturas. También yo lo construí con mis solas manos.

Saad se sorprendió mucho de lo que aquel hombre decía porque, aunque era muy viejo, no podía haber vivido tantos años como para haber llevado a cabo tal monstruosa creación. Aun así, sentía curiosidad por él, así que le siguió preguntando:

—¿Y desde cuando estás aquí? ¿Por qué has creado tú solo esta ciudad?

El hombre se levantó con mucho trabajo de su taburete, acarició a la niña inerte y se dirigió hacia la puerta del gran taller. Saad le acompañó. Vio entonces la perfección de los rasgos de las obras del gran escultor. Cada uno tenía alma propia. Cada uno tenía atrapado en aquella cárcel de piedra una serie infinita de sentimientos que se cruzaban, se mezclaban, se superponían, se peleaban.

Los dos hombres caminaron hasta la salida del palacio. El viejo le invitó a que le acompañara de nuevo a las estrechas y bulliciosas calles de la ciudad. La noche era completa, pero unos resquicios de luz lunar daban forma a los tejados. Y también a la misteriosa construcción negra que se alzaba sobre el cercano acantilado. Cuando estuvieron recorriendo la ciudad en compañía de los hombres y mujeres de piedra, el milenar escultor habló de nuevo:

—Todos ellos están vivos, aunque no lo parezca. Mira este hombre —señaló a un tipo fuerte y ceñudo—. Lleva en los ojos el dolor que le produce su pobreza. El poco pescado que logra con su vieja red apenas le da para vivir. Observa cómo le miran sus hijos y su mujer ¿No ves su desgracia?

Más adelante reían un grupo de bellas jovencitas. El viejo explicó:

—Todas ellas quieren descubrir el amor desde hace cuatro siglos. Juegan a enamorarse. Desconocen que el amor se hace día a día más complicado cuando uno lo tiene entre sus manos.

Los dos hombres continuaron su paseo. Estaban llegando a las calles más céntricas. El anciano le hizo poner su atención en dos figuras solitarias y de mirada melancólica:

—Ellos dos son mis máximas creaciones. Están tristes desde hace mil años porque no entienden cuál es su función en mi mundo. No saben por qué existen. Y llevan su dolor en silencio. Aunque fijate en el más joven. Lleva entre sus manos unos escritos. Son poemas. En ellos se dirige a mí y me pregunta qué espero de él. Y quién es él. Pero, sobre todo, quién soy yo.

Saad se sintió espantado por la triste esclavitud de todos aquellos seres inmóviles. Su creador, aquel artista que vivía dentro de un cadáver milenar, les amaba, pero era cruel con ellos: A unos los reducía a la inconsciencia. A otros les dejaba el veneno incurable de la duda. Por eso, entre el miedo y el enfado, preguntó al viejo:

—¿Y por qué los creas si todos ellos no hacen más que sufrir?

El anciano le miró extrañado:

—Esa es una pregunta que no se puede responder. No importa quién soy yo, sino quiénes son ellos.



Así pasaron la noche discutiendo a lo largo de las calles de la ciudad de piedra. Saad estaba cada vez más atemorizado ante el poder del viejo que no sólo gobernaba a las miles de almas a las que había dado luz, sino que las destruía en cuánto le parecía. Así lo hizo ante los ojos del visitante con un terrible martillo. Tomó a una joven de 15 años que intercambiaba miradas enamoradas con otro muchacho y la despedazó a golpes. Su mirada de amor quedó hecha añicos sobre el suelo. Y el joven enamorado se quedó solo para siempre.

—Adiós a siete años de mi vida —dijo entonces el artista.

Lo mismo hizo después con un niño que se abrazaba a su madre y con un anciano que pescaba en la playa en soledad.

Comenzaba ya el sol a alzarse sobre las montañas de aquella enloquecida región. Saad estaba llorando por la destrucción de aquellas maravillosas creaciones. Finalmente, sin poder reprimirse más, espetó al viejo:

—Es muy fácil dominar así a tus criaturas, artista. Pero, ¿por qué no les das la capacidad de elegir?

El viejo se rió de aquella ocurrencia:

—Ellos pueden elegir. O al menos creen que pueden. Desconocen su origen y desconocen su porvenir. Eso les da la autonomía.

—Pero realmente no son más que tus autómatas.

El anciano le miró pensativo. Saad añadió:

—Tus creaciones no son tan perfectas como crees. En realidad sólo son trozos de piedra puestos en un gran tablero de juego. Eres un farsante.

Aquella frase enfureció al escultor. Clavó sus ojos en los del aventurero muy pensativo. Después se llevó la mano al mentón y se quedó repentinamente cabizbajo.

—¿Qué sucede? —preguntó Saad.

Pero aquél permaneció en silencio varios minutos mientras pensaba. Al final, justo en el momento en que salía el sol, escapó de su ensimismamiento. Pidió a Saad que le acompañara y juntos fueron a la calle más céntrica de la ciudad.

—Tienes razón, amigo. Los hijos de mis manos son sólo trozos de piedra. No son creaciones perfectas. Por eso voy a regalarles ahora mismo el libre albedrío.

Se encaramó entonces como pudo a un pedestal. Desde allí gritó:

—Mis hijos, mis seres, yo os regalo el movimiento.

Y entonces un tremendo crujido recorrió toda la ciudad. Los hombres que cargaban con sus aperos de pesca, las mujeres que vendían alhajas, los niños que correteaban, los ancianos que se consumían al sol. Todos ellos comenzaron a moverse como por arte de magia ante la mirada espantada de Saad. Muchos de ellos se

pusieron a recorrer el camino que les aguardaba desde hacía décadas. El viejo contemplaba su escena maravillado de sí mismo. La sinfonía de los hombres de piedra animada llenaba con su tono áspero toda la costa. El viejo bajó entonces con sus creaciones y exclamó entre espasmos de risa enloquecidos:

—Hijos míos, os he dado la libertad para que améis, para que odiéis y para que sufráis. ¿Qué decís de eso?

Pero ninguno de ellos le respondió. Continuaron con su camino dejando de lado al viejo inútil que había tardado miles de años en crear aquel mundo. El desgraciado miraba hacia todas partes sin comprender. Los hombres de piedra iban y venían a toda velocidad sin pararse a ver qué tenían delante. Nadie le hacía caso. Un enorme marinero a punto estuvo de atropellar a su creador, ahora inservible.

Saad comenzó a temer entonces por su vida. Sin dirigir una mirada de despedida al viejo, salió corriendo hacia el barco encantado por un Efrít y subió a bordo. No quería saber nada más de aquel lugar enloquecido. El barco, él solo, salió del puerto. Mientras, pudo ver cómo el anciano gritaba fuera de sí, y sus criaturas, que no le veían, lo llevaban de parte a parte cuando se cruzaba en su camino.

Los aullidos del artista siguieron escuchándose durante mucho tiempo mientras Saad se alejaba de aquella tierra con su nave. Pronto estuvo de nuevo en el mar abierto. Pronto sólo se divisaba agua en todas las direcciones. Ya no se veía cómo las esculturas, ahora animadas, invadían con su ruidoso paso las callejas de aquel lugar. Así permanecerían por siempre: yendo y viniendo sin saber por qué. Y, mientras, su inservible creador se ocultaría en alguna cueva temeroso de que en un descuido le pisotearan sin verle.

Con la joya que robó al león de oro en su bolsillo, Saad se sentó apoyado contra un mástil. De nuevo era incapaz de elegir su destino. El barco lo hacía por él. Después de varias horas a pleno sol, cuando el sueño empezaba a vencerle, se dio cuenta de que la embarcación se dirigía a una nueva costa que desprendía unos extraños destellos sin que el marino involuntario pudiera hacer nada por evitarlo.



**José Miguel Vilar-Bou** (Alfajar, 1979) es periodista. Ha vivido en Italia, Bélgica y Serbia. En España ha trabajado para numerosos diarios, revistas y televisiones. Es autor de la novela *Los navegantes* (AJEC, 2007) y ha publicado cuentos en las antologías *Visiones* y *Melocotón Mecánico*, el diario *El País* y las revistas *Galaxia* e *Historias Asombrosas*. Fue ganador del concurso de literatura breve de la Universidad Cardenal Herrera-CEU en 2002 y obtuvo el segundo y tercer premio en 2003. Sus cuentos han sido traducidos al serbio y publicados por la revista *Grádina*.